

EMILIO ORIBE

"Nací en 1893. Niñez en los campos del Departamento de Cerro Largo hasta 1905; vida en estancias fronterizas y en un pueblo original entonces: Melo. Estudios secundarios y superiores en Mon-



tevideo, hasta 1919, en que me doctoré. Primeras publicaciones poéticas en 1912, época en que empecé a conocer las modalidades simbolistas. Colaboración en muy pocas revistas y periódicos. Tendencia a la soledad y a las exploraciones interiores. Viaje a Europa en 1920-21, manteniendo una actitud de inteligencia con las escuelas nacientes entonces. Nueva permanencia y confesión más directa con el campo americano en 1922 hasta 1925. Hoy me inclino por momen-

tos hacia los estudios filosóficos y de Estética, habiendo hecho abandono de mi profesión desde hace dos años. Aspiro a revelar en algunos de mis poemas, una América profunda, más allá de la anécdota y de lo pintoresco. Lo que pienso sobre mi obra y el futuro de lo que he escrito, así como mis ideas sobre poesía, es posible que lo diga en un libro "Deambulatorio" en prosa, que algún día publicaré".

PERFECCION DE LAS PAMPAS

Cuando se está solo
en medio de las pampas,
uno es el centro
de una circunferencia cuyo límite
se halla en el horizonte.

Perfección de pensar!
En ese instante,
si uno mira hacia el fondo de sí mismo,
lleno de soledad, puede notar,
que su alma es el centro
de una circunferencia cuyo límite
se encuentra en un umbral de alba y sombra.

También, en esa forma, si es de noche
en medio de las pampas,
oh, curioso espejismo!
se ven brillar estrellas,
que en realidad aun no han asomado
por encima
del remoto horizonte . . .

—Ah! pero si entonces,
uno mira hacia el fondo de sí mismo,
se ven brillar estrellas allá adentro . . .
¡y qué estrellas tan puras!,
que en realidad,
están ocultas en la densa sombra . . .

Más allá del umbral en donde el alma asoma!

LA MAS ALTA CIUDAD

Aéreas,
en la luz de los sueños,
con nitidez de joya, aquella noche
se me aparecieron
las ciudades antiguas,
con la cruz griega de sus catedrales,
la estrella desigual de sus baluartes
y las doradas cúpulas.

Ciudades defendidas por las murallas blancas!

Las ciudades marítimas también,
a la luz de los sueños,
con altos paredones revestidos de cal. . .

Como enjambres de ángeles las casas
de las ciudades que levanta Dios,
con pétreos coseletes de mil años
en la llanada inmensa o en el monte.

Las ciudades católicas, castillos
con muros fenestrados
a modo de gorgueras con encajes,
nidales de los santos,
ciudadelas de puentes levadizos
y anchos fosos.

Yo ví en sueños todo-eso.
Ví todo a un mismo tiempo y en detalle.

LA MUSICA

I

¡Silencio! ¡Silencio!
Inclinadas
hacia el navío,
las grandes aves blancas, las del alto volar,
en la noche del trópico
se ponen a cantar.

Asomadas,
en la cárcel brillante de las aguas
hacia la claridad lunar,
en el camino nuestro, las sirenas
se ponen a cantar.

Acodados
sobre la popa del navío,
unos hombres oscuros en ruta de emigrar,
oyen llenos de júbilo esas voces,
pero sólo saben callar.

II

¡Silencio! ¡Silencio!
Ahora, las estrellas,
desde las doce casas del zodiaco,
se asoman a las puertas abiertas sobre el mar,
y elevando una luz entre las manos,

antes de darse al delicioso sueño
se ponen a cantar.

Y temblando,
al borde mismo de los labios,
nuestros corazones,
suspensos en las notas del concierto estelar,
—también oscuras formas en ruta de emigrar!—
oyen toda la música del mundo.

Pero sólo saben callar.

EL PAJARO ROJO

Pájaro tropical,
tenue como una llamita frágil,
que ebrio de luz estival
cantas — ¿una canción? — y ágil
huyes hacia el obscuro matorral.

Tú, que cortas mi viaje,
con qué alegría súbita conversas
en la fiesta del sol y en el paisaje
como un montón de chispas te dispersas!

¿Me recuerdas? ¿No evocas este modo
de asombro, este andar por los desiertos,
con la honda en los brazos bien abiertos,
allá en la estancia de los padres muertos?
Pobres, qué lejos todo!

Oh tiempos transcurridos.
Y cuántos seres idos.
Hoy, bello, fuerte, audaz, te he vuelto a ver.
Qué grande la sequía! Los ganados
buscaban sombra.
Tú ibas a encender
con tu cuerpo de llamas, los sembrados,
las parvas. . .
Grité: Qué vas a hacer!
La cosecha!
Pájaro mío no la harás arder!

Desde un junco viste
que se acercaba a tí un muchacho triste.
Me dejaste acercar
y escuché tu hablar:
—oye, y acaso llores, me dijiste.
No eres, extranjero,
ni la sombra de aquel divino bondero.
Y me quedé llorando
mientras tu canto oía.
Te fuiste. Regresaste, cantando. Volando.
Estabas despertando
en mí la americana poesía.

Oh pájaro de fuego!
A mi mano has venido.
Pronto has entrado en mí por el oído,
resquicio de un tejado solariego.
Te llevaré al hogar
y han de decirme allí al vernos entrar:

—Traes la roja amapola que ha aprendido
a volar
y a cantar.

Bendito seas. Por hacerme bien
huíste del conjuro de la hembra
y también de las albas de la siembra.
Las albas, que te vieron
mil veces balanceándote tranquilo
en un junco delgado como un hilo.

Gracias. Vámonos . . .
Te acojo
con mano tierna y en mi hogar te alojo.

Mi corazón te doy, que es luz, agua de río,
trigal de oro, rocío . . .

Desde ahora
balanceándose irá tu cuerpo rojo
en el verso mío.